

El mariscal Cáceres: ¿un héroe militar o popular?

Reflexiones sobre un héroe patrio peruano¹

Marshal Cáceres: A Military or a Popular Hero?

Reflections On A Peruvian National Hero

Iván Millones Maríñez

Pontificia Universidad Católica del Perú

Universidad Nacional Mayor de San Marcos

Email: mllnes2000@yahoo.es

Fecha de recepción: abril 2006

Fecha de aceptación y versión final: julio 2006

Resumen

La figura del Mariscal Andrés Avelino Cáceres (Ayacucho 1836 – Ancón 1923), héroe de la Guerra del Pacífico y ex-presidente del Perú, ha sido empleada en los últimos años por el etnocacerismo, movimiento político de trayectoria un tanto violenta que vincula elementos militaristas, indigenistas y nacionalistas. ¿Por qué se dio esta apropiación de un héroe patrio? ¿Acaso por desinterés estatal en incluirlo en el “panteón oficial de héroes”? ¿Qué encontraron los etnocaceristas en el mariscal para convertirlo en símbolo? Este ensayo intenta responder a esas preguntas, y reconstruir la compleja y parcial apropiación oficial de ese personaje.

Palabras clave: etnocacerismo, héroes patrios, Mariscal Andrés Avelino Cáceres, memoria, militares, Perú siglo XIX, Perú siglo XX.

Abstract

The image of the Marshal Andrés Avelino Cáceres (Ayacucho, 1836-Ancón, 1923), a hero of the War of the Pacific and former president of Peru, has been used in recent years by *etnocacerismo*, a political movement of rather violent trajectory that links militaristic, indigenist, and nationalist elements. How can one explain the appropriation of this national hero? Was it the state's lack of interest in including Cáceres in the “official pantheon of heroes”? What did the *etnocaceristas* find in the marshal to turn it into a symbol? This essay tries to answer these questions, and to reconstruct the complex and partial official appropriation of this hero.

Keywords: etnocacerismo, national heroes, Marshal Andrés Avelino Cáceres, memory, military, national heroes, Perú-19th Century, Perú-20th Century.

1 Artículo elaborado a partir de la investigación para una tesis de Maestría en Historia (Millones 2002). Agradezco los comentarios de Cecilia Méndez.

Cáceres, héroe militar de la Guerra del Pacífico (1879-1883), presidente y político, ha sido de una sorprendente presencia en la escena peruana en los últimos años. Icono del etnocacerismo, movimiento político cuyas acciones más llamativas han sido dos levantamientos, uno contra el entonces presidente Alberto Fujimori, en octubre del año 2000, y otro contra el mandatario Alejandro Toledo, en enero del 2005, esa figura parece estar todavía con vida, más de ochenta años después de su muerte. Más aún porque en las recientes elecciones presidenciales peruanas el ganador de la primera vuelta del 9 de abril -y luego derrotado en la segunda vuelta del 4 de junio-, el comandante en retiro Ollanta Humala, líder del Partido Nacionalista Peruano, había sido inicialmente parte del movimiento etnocacerista.²

Es un lugar común señalar la falta de identidad nacional en el Perú. Consecuencia, para algunos, de una historia plagada de fracasos, uno de los cuales sería precisamente la Guerra del Pacífico, una estruendosa derrota frente a Chile que costó al país sus provincias sureñas y a su aliada Bolivia la salida al mar que aún reclama. “Somos potentes: tenemos héroes; somos frágiles: casi todos nuestros héroes son

mártires” parecería ser un sentir latinoamericano (Monsiváis 2000:83), y probablemente haya quienes creen que éste no podía corresponder mejor al Perú, al menos si se examinan los rasgos de sus héroes patrios. Varios de ellos, por nuestra experiencia histórica -y por el proceso de recuerdos y olvidos colectivos,- pertenecen al mencionado episodio militar de fines del siglo XIX. No faltan entonces quienes consideran difícil identificarse con tales figuras paradigmáticas, y de allí una causa de nuestra supuesta debilidad como nación. Por ello quizás sorprenda que el etnocacerismo haya tomado como símbolo a un héroe de esa guerra. Porque esa agrupación, vinculada a grupos cercanos al ejército -exoficiales, pero particularmente licenciados del mismo-, y con una retórica que busca ganarse a sectores populares -sobre todo al habitante de provincias serranas y pobres-, asume el nombre del Mariscal Cáceres. El significado de etnocacerismo, según su líder e ideólogo, el mayor de infantería en retiro Antauro Humala, es el siguiente:

“Es la conjugación de la doctrina de guerra cacerista con la comunión arguediana de todas las sangres más el proyecto geopolítico pan-andino de la Confederación Peruano-Boliviana del Mariscal Santa Cruz. También se debe mencionar el nacionalismo que desplegó el ex presidente, el general Juan Velasco Alvarado. La palabra *etno* es la conjugación de raza con cultura. Creemos que el nacionalismo tiene varias características, pero su esencia siempre proviene de la raza ancestral, de la estirpe” (Humala 2001: 386)³.

La “guerra cacerista” aludida en esa definición se refiere al conflicto con Chile, a fines del siglo XIX. Si bien ese episodio fue un desastre para el Perú, en él Cáceres destacó como exitoso líder. Mientras otras figuras de entonces han sido recordadas por inmolarse por la patria en un contexto bélico desfavora-

2 En el transcurso del 2005, y a medida que se acercaban las elecciones presidenciales y parlamentarias de abril del año siguiente, el etnocacerismo se dividió. Un grupo liderado por los hermanos Ulises y Antauro Humala -este último preso por la rebelión acaudillada en el 2005- conservó la postura radical del movimiento. El otro hermano, Ollanta, fue moderando su discurso inicial y separándose del etnocacerismo. Así, en el 2005 él denominó a su partido “nacionalista”, término aparentemente más general y cohesionador. Sin embargo, ambos grupos comparten un discurso “anti-imperialista” y “anti-neoliberal”, ideas indigenistas, y la exaltación del papel patriótico del ejército y de su carácter popular. Cabe resaltar que en las mencionadas elecciones de abril Ollanta obtuvo alrededor del 30% de los votos válidos, mientras que el partido en el que se encontraban Antauro y Ulises obtuvo menos del 1%. En la segunda vuelta, Ollanta recibió poco más del 47% frente al 52,6% del ganador Alan García, candidato del APRA.

3 Entrevista a Humala (2001: 385, 386), enero del 2001.

ble, ése no fue el caso del mariscal, quien comandó al campesinado indígena de la sierra durante tres años en la lucha contra las tropas chilenas invasoras, en la llamada “Campaña de la Breña” (1881-1883). Sin embargo, él finalmente fue derrotado, con lo cual se acabaron los últimos focos de resistencia peruana.

Desde su aparición, el etnocacerismo recibió ataques. En Lima, varios de ellos han provenido de sectores de derecha o centro que vinculan la retórica de ese movimiento con la de líderes sudamericanos contemporáneos, con los cuales no simpatizan⁴. El venezolano Hugo Chávez, el boliviano Evo Morales y -en algún momento- el ecuatoriano Lucio Gutiérrez son algunos de esos personajes hacia quienes los etnocaceristas han expresado su admiración⁵ (Humala 2001: 386, 387). Incluso entre el material audiovisual que ese grupo vendía en Lima, hacia el 2004, publicitado como “videos nacionalistas”, se encontraban títulos como “La revolución no será transmitida”, un filme crítico del golpe de Estado contra Hugo Chávez en el 2002, y otros como “Rebelión zapatista” y “Levantamiento indio en Ecuador”.

La identificación del etnocacerismo con Cáceres, el llamado “héroe de la Breña”, ha sido criticada. Entre el 2000 -año de la rebelión que los dio a conocer- y el 2005 -cuando se dio su segunda acción armada-, algunos

intelectuales cuestionaron el empleo de un héroe nacional con fines partidarios y subversivos⁶. De acuerdo a esas críticas se estaría tergiversando una de las funciones de los héroes patrios: integrar ciudadanos, difundir valores, cimentar una identidad nacional. Esta preocupación expresa un problema frecuente en torno a la legitimidad simbólica de las figuras heroicas: tienen varios significados que pueden ser explotados por diversos grupos e intereses.

En el Perú, además de Cáceres, la figura del líder indígena Túpac Amaru II (1738-1781), fue empleado por grupos políticos y por el Estado en diversos momentos. De rebelde anti-colonial provinciano y andino, fue considerado “héroe de izquierda” y usado por el llamado “gobierno revolucionario de las fuerzas armadas” del General Juan Velasco entre 1968 y 1975, y años más tarde por el Movimiento Revolucionario Túpac Amaru (MRTA). Pero poco antes, en la década de 1960, un grupo subversivo uruguayo lo había tenido como emblema -el Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros-, al igual que los guerrilleros peruanos alzados en armas en esos años (“Túpac Amaru” fue el nombre de una de sus facciones). Quizás el carácter subversivo de ese líder hizo que ya desde momentos anteriores -por ejemplo, en un contexto social e ideológico excluyente, el de la llamada “República Aristocrática” (1895-1919)- sectores de la elite se negaran a asumirlo como héroe. Así, en 1917, en el parlamento hubo quienes rechazaron llamar “Túpac Amaru” a una provincia serrana, argumentando que ese personaje “cometió el

4 Es el caso de las críticas del diario *El Comercio* o la revista *Caretas*, cuyos propietarios tuvieron conflictos con el autodenominado régimen revolucionario del General Juan Velasco, al cual se hará referencia más adelante, y al que los etnocaceristas han manifestado simpatías. También han provenido cuestionamientos desde un espectro político más de izquierda. En general, todas esas voces coinciden en criticar el carácter militarista, autoritario y “fascista” del movimiento.

5 La simpatía hacia Gutiérrez probablemente se debió a que encarnaba al militar aliado con el movimiento indígena (Humala 2001: 387). Recientemente, los etnocaceristas han expresado sus cercanías a la Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador (Humala 2005: 3).

6 Por ejemplo, en Lima, a raíz de la rebelión de enero del 2005, bajo los títulos de “Uso y abuso de la historia- Cáceres, rehén del etnocacerismo” y “Cáceres y el etnocacerismo. Entre la historia y el uso falaz del pasado”, el diario *El Comercio* publicó un artículo del historiador Héctor López Martínez (2005). También en ese contexto, y destacando que “Cáceres es un patrimonio de todos los peruanos” y no de un grupo político, escribió el historiador Nelson Manrique (2005).

error de encabezar una reacción contra la dominación española para hacer revivir la monarquía incásica”. En cambio, se propuso usar nombres de héroes más recientes “que hayan sucumbido defendiendo los fueros de la República”⁷.

A continuación veremos cómo la figura del héroe de la Breña fue adquiriendo diversos significados a través del tiempo y de acuerdo a los grupos que lo reivindicaban. Observaremos también los intentos del Estado de apropiarse y emplear oficialmente su imagen, y concluiremos con un análisis de por qué en última instancia, pese a su prestigio militar, su imagen dista de ocupar un lugar central en el panteón oficial de héroes.

Una figura controvertida

Por su trayectoria política, el caudillo de la Breña posee una compleja imagen multifacética. Esto lo diferencia de otros personajes de la Guerra del Pacífico menos multidimensionales que fácilmente ingresaron al panteón oficial de héroes, como el almirante Miguel Grau (1834-1879) y el coronel Francisco Bolognesi (1816-1880). Ambas figuras “dieron su vida por la patria”, y tuvieron una consagración en grandes monumentos, levantados varias décadas antes que aquel correspondiente a Cáceres: el de Grau, en el puerto del Callao, data de 1897; el de Bolognesi, en la ciudad de Lima, es de 1905; el del mariscal, en la capital, apareció recién en 1951⁸.

Una explicación de esa postergación puede radicar en que Cáceres tiene más significados

que los otros héroes mencionados. No es difícil vincular su imagen a tres aspectos claves en la historia del Perú: “raza” y cuestión indígena, desarrollo económico, y militarismo. El mariscal no podía estar ajeno al primer tema, porque en la Campaña de la Breña lideró guerrillas indígenas que no sólo atacaron tropas chilenas, sino también hacendados blancos colaboracionistas. ¿“Guerra de castas”? ¿“Lucha de clases”? ¿“Guerra nacional”? fueron preguntas que generaron grandes polémicas en el medio académico durante las décadas de 1970 y 1980, época del centenario de la guerra (Bonilla 1979, Mallon 1981, Manrique 1981). En segundo lugar, la figura de Cáceres también está ligada al desarrollo económico del país ya que, terminado el conflicto, su gobierno buscó solucionar el problema de la deuda externa peruana y recuperar la economía. Se firmó entonces el controvertido Contrato Grace (1889), que supuso la entrega de ferrocarriles estatales y otros recursos a capitalistas foráneos. Por último, Cáceres, que había ingresado muy joven al ejército y llegó a ser presidente, es una figura asociada al militarismo. Junto a un grupo de personajes igualmente ligados al ejército, oficiales y excombatientes de la guerra de 1879, detentó el poder por casi diez años, a los que una historiografía crítica dio el nombre de “Segundo Militarismo” (Basadre 1983, 7: 321).

Pe ro el carácter multifacético del mariscal de por sí no tendría por qué dificultar su apropiación estatal. El problema era que su actuación en cada uno de estos terrenos fue polémica. Por ejemplo, aunque lideró campesinos en la lucha contra los chilenos, una vez terminada ésta, e interesado en consolidarse como gobierno y reimponer el orden (Manrique 1981: 366), desarmó a sus antiguos aliados. Y cuando no pudo negociar una desmovilización -para entonces, varios ex-guerrilleros ocupaban haciendas de antiguos colaboracionistas-, los combatió y mandó a ejecutar a un grupo de ellos (Manrique 1995: 181).

7 Cf. Cámara de Senadores, *Diario de Debates* - Congreso Ordinario de 1917, p. 494, 495.

8 Sobre la inauguración del primer monumento, cf. *El País*, 29 de noviembre de 1897. Con respecto a la del segundo, *La Prensa*, 6 de noviembre de 1905; y al tercero, *El Comercio*, 31 de julio de 1951, edición de la mañana, p. 3. Sobre los etapas iniciales en la construcción de Cáceres como héroe, cf. Millones 2005.

De otro lado, con respecto al tema económico, si bien el mariscal emprendió la reconstrucción nacional luego de la guerra, la firma del Contrato Grace habría sido autoritaria, controvertida (Basadre 1983, 7: 82) y lesiva para los intereses nacionales. Han sido opiniones frecuentes sobre el tema que el Perú “pagó demasiado” con ese arreglo (Basadre 1983, 7: 87), que “entregó al país a la voracidad del capitalismo inglés” (Manrique 1981: 389)⁹.

El último punto: Cáceres y el militarismo. Este aspecto parece indicar que heroicidad y posterior actuación política pueden resultar incompatibles. Porque el caudillo llegó a la presidencia en 1886 con gran popularidad, aclamado como héroe en vida, pero casi una década después, en 1895, en el poder y con intenciones de permanecer en él, fue depuesto y exiliado, junto a sus más cercanos partidarios, tras una sangrienta guerra civil anti-militarista (Basadre 1983, 7: 295-334). Estos incidentes han llevado también a una peculiar apreciación sobre el mariscal. Al parecer, la sociedad peruana, como otras con una fuerte tradición católica, tiene una predilección por héroes mártires (Pisconte Quispe 2005: 28, 29). Por ello, hay quienes han considerado que a Cáceres le faltó morir en el campo de batalla para consagrarse (Basadre 1983, 6: 345).

Ante esa controvertida trayectoria del mariscal era lógico suponer que su ingreso al panteón oficial de héroes patrios no iba a ser fácil. ¿Cómo podía el Estado apropiarse de un personaje como él? ¿Cuál de sus facetas destacar? Veamos algunos momentos significativos en esa compleja apropiación.

Rumbo al panteón oficial de héroes

El 10 de octubre de 1923 el casi nonagenario mariscal dejó de existir. Su deceso se produjo

⁹ Sin embargo, perspectivas recientes tienen visiones menos negativas (Contreras y Cueto 1999: 147, Klaren 2004: 248).

en el “Oncenio”, periodo de gobierno autoritario y modernizador de Augusto B. Leguía (1919-1930), en el que hubo esfuerzos para fomentar una identidad nacional desde el Estado. Éste propició una proliferación de estatuas y espacios públicos en Lima y provincias que conmemoraban figuras de la Independencia. De esta época datan la plaza y monumento a José de San Martín y el monumento al Soldado Desconocido, en Lima, este último en honor a los caídos en la Guerra del Pacífico. También se erigieron monumentos alusivos a la época incaica (Millones 2002: 30-32). En ese contexto, se le organizaron a Cáceres apoteósicos funerales, y quizás contagiados por el espíritu de una época de “invención de la tradición” (Hobsbawn y Ranger 2002), entusiasmados cronistas sugirieron que el mariscal estaba llamado a convertirse en el gran héroe de la historia peruana. Sin embargo, pese a los tributos que se le rindieron -entre éstos, la concesión de la monumental Cripta de los Héroes del Cementerio General como última morada-, serían necesarios algunos años más para que adquiriera aquella estatura augurada. ¿Qué había ocurrido? Después de todo, al comenzar la década de 1920 el mariscal no sólo tenía el prestigio de su actuación en la guerra de 1879, sino la ventaja de que, como líder político (era jefe y fundador de un partido, el Constitucional) había respaldado a Leguía en su ascenso al poder en 1919.

Esa postergación puede ser explicada porque el presidente, interesado en convertirse él mismo en héroe, hizo a su propia imagen omnipresente en calles, plazas y monumentos (Millones 2002: 39,40). Pero no sólo este personalismo opacó al mariscal. También contribuyeron a ello deslices de los mismos políticos caceristas -una conspiración anti-leguista develada en noviembre de 1920-, e incluso una probable persistencia de recuerdos de la guerra civil anti-militarista de 1895. Esos factores debieron retrasar su consagra-

ción como héroe oficial, aunque hacia la fecha de su muerte aparecieron obras históricas sobre él, no necesariamente producto del apoyo estatal, que promovían su figura (Cáceres 1921, Leguía 1923, Cáceres 1924).

A los factores de ese retraso se añade que Cáceres era percibido negativamente por sectores de la elite limeña de fines del siglo XIX e inicios del XX. Él era visto si no como “indio”, al menos como “serrano”, pese a que pertenecía a una familia de hacendados y comerciantes, “blancos” o “mistis” desde el punto de vista de una ciudad andina de la época. Sin embargo, su procedencia ayacuchoana y el que, por ejemplo, hablara quechua, lengua en la que se comunicaba con sus guerrilleros (quienes lo llamaban *tayta*, “padre” en quechua), contribuyeron a que Cáceres proyectara la imagen de “serrano” frente a la elite costeña. Estos sectores debieron ver con recelo esos rasgos en una época marcadamente racista, más aun porque durante la Campaña de la Breña se habían difundido noticias del carácter violento de los combatientes indígenas que él lideró (Cavero 1994: 174-176, 283).

Por eso, cuando Cáceres llegó al gobierno en 1886, sus enemigos, que no eran pocos (porque entre el final de la guerra con Chile y su ascenso al poder, el caudillo también combatió en una guerra civil y la ganó), lo habían presentado desfavorablemente a ojos de la sociedad limeña. Esto obligó a sus partidarios a intentar borrar el estigma de indígena violento con el que sus rivales lo marcaban. En cambio, destacaron que su líder pertenecía a la “raza europea casi pura” y que su tez era “blanca, cuando no tostada por los rayos del sol o de las cordilleras”. Igualmente, negaron que éste fuera el oficial “sediento de sangre y de exterminio” y “ambicioso vulgar” que sus enemigos pretendían. Al contrario, subrayaron su carácter de militar profesional, gran estratega, y de salvador de la patria en crisis (Anónimo 1886: 63, 64, 73).

Pero mientras se trataba de difundir esas imágenes en la costeña Lima, en las provincias serranas en que se había llevado a cabo la Campaña de la Breña, Cáceres tenía otro rostro. Ya al comenzar el siglo XX, aparecía en aquellas regiones con rasgos indígenas o mestizos, fenómeno que remite a la memoria popular de la Guerra del Pacífico (Macera 1981: 405-412), la cual también inspiró danzas en fiestas patronales en que figuraban Cáceres y sus guerrilleros (Mendoza 1989). Éstas, por cierto, convenientemente olvidaban episodios menos gratos ligados al mariscal, como la a veces violenta desmovilización de sus antiguos aliados campesinos. Esa imagen indígena o mestiza del héroe tiene una sorprendente continuidad hasta el presente: en nuestros días, en el departamento andino de Ayacucho, Cáceres es considerado indígena, sobre todo en sectores populares y de origen rural (Cavero 1994: 92-94). Incluso en el imaginario popular existirían conexiones entre las figuras de Cáceres, Túpac Amaru y el Inca, según interpretaciones antropológicas de relatos sobre el mariscal, recogidos al comenzar la década de 1990 (Cavero 1994: 118, 119, 135).

En el imaginario popular urbano y costeño, por su parte, puede resultar más difícil precisar qué rasgos tenía el caudillo. Sin embargo, testimonios de Lima y sus cercanías, donde vivió sus últimos años, lo muestran como una persona sencilla, cercana a la gente del “pueblo común” y alejada de la “aristocracia” (Marín 1984: 29). Además, noticias de entonces indican que tuvo cierta preocupación por la situación de los obreros: haber evitado que unos soldados disparasen contra huelguistas en las proximidades de la capital, en enero de 1915, fue, por ejemplo, un incidente destacado en esa época (Basadre 1983, 9: 82, 83). Por ello, quizás no sorprenda que Cáceres se convirtiera en símbolo de la campaña electoral de 1919, cuando Leguía, en multitudinarias manifestaciones, prometió

recuperar las provincias perdidas en la Guerra del Pacífico, y acusó a las clases altas de haber causado aquella derrota. La presencia del mariscal en esa campaña lo liga a un discurso nacionalista y anti-oligárquico, y nos sugiere que, al momento de morir, tanto en la sierra como en la costa su figura estaba próxima a sectores populares.

Consagraciones bajo regímenes militares

Los centenarios son momentos propicios para crear o consolidar mitos, y las naciones viven de mitos. Fue a raíz de los cien años del nacimiento de Cáceres -el 10 de noviembre de 1936, y, de modo más amplio, en toda esa década-, cuando ocurrió una primera gran consagración del héroe, a cargo de un Estado dominado por los militares. Tras la caída de Leguía en 1930, las fuerzas armadas, con respaldo de sectores de la élite socioeconómica, asumieron la dirección del país, clamando por la necesidad de mantener el orden y la integridad nacional frente a la creciente ola de movilización popular liderada, sobre todo, por el APRA.

Durante esos años, cuando grupos de izquierda criticaban el rol de las fuerzas armadas, éstas continuaron con el fortalecimiento de un Estado que asumió con mayor nitidez el rol de creador y difusor de símbolos patrios, esta vez abiertamente ligados al elemento castrense. Fue entonces que el ejército buscó legitimarse políticamente promoviendo la figura de Cáceres¹⁰, aunque también es probable que esa imagen -así como las de otros héroes uniformados- estuviera dirigida hacia los propios miembros de una institución dividida por factores políticos, étnicos y

de clase (Klaren 2004: 363, Masterson 2001: 110, 113).

Las celebraciones en varios puntos del país de los cien años de Cáceres dieron tal impulso a su figura que la hicieron constante en diversas conmemoraciones patrias, incluso en los colegios, donde además empezó a aparecer con mayor frecuencia en textos escolares (Millones 2002: 54, 55). Sin embargo, uno de los episodios heroicos más elogiados entonces no estuvo vinculado a la Campaña de la Breña, sino a una batalla liderada por el caudillo en el primer año de la Guerra del Pacífico: Tarapacá (27 de noviembre de 1879), el único enfrentamiento ganado en ese conflicto por el ejército regular peruano. Que Cáceres se convierta en héroe de esa institución tiene un especial significado: entre las décadas de 1930 y 1970 el poder estuvo, en diversos momentos, en manos de las fuerzas armadas. Habían tenido éstas una serie de derrotas militares (la de 1879, la de la guerra civil de 1894-1895) (Masterson 2001: 26, 37, 107) y por lo tanto estaban interesadas en resaltar un héroe y un episodio victoriosos. Pero tampoco descuidaron la veta “popular” e “indigenista” del caudillo. Mientras crecientemente los intelectuales destacaban la existencia de una población indígena mayoritaria, analfabeta y poco integrada a la nación como un problema, desde el ejército se resaltó el papel civilizador de éste entre esa población. Obligados a realizar el servicio militar y educados en los cuarteles, sectores indígenas formaron las bases del ejército (Masterson 2001: 58, 199, 224-226), sobre todo de su infantería, de la cual Cáceres se convirtió en “patrón”.

El mariscal fue entonces reivindicado por haber liderado guerrilleros indígenas en una acción de dimensiones nacionales: la defensa de la patria. De ese modo, además del anterior elogio a su profesionalismo y destreza como estratega, el caudillo fue modelo de las relaciones militar-campesinado.

10 Véanse, por ejemplo, diarios limeños como *La Crónica*, en ediciones cercanas al centenario del nacimiento del héroe, en 1936.

El peso de este héroe fue tal que resulta sugerente que en la década de 1930 dos militares que luego encabezarían el Poder Ejecutivo, los Generales Manuel A. Odría, presidente entre 1948 y 1956, y Ricardo Pérez Godoy, Jefe de la Junta Militar de Gobierno entre 1962 y 1963, escribieran sobre la Campaña de la Breña y sobre Cáceres, respectivamente, en revistas militares (Odría 1930-31, Pérez Godoy 1936). Precisamente un posterior momento significativo en la consagración oficial del mariscal se dio durante el gobierno de Odría quien, en su segundo año liderando un régimen que combinaba autoritarismo y paternalismo para controlar los movimientos sociales (Contreras y Cueto 1999: 239), ordenó levantar en la capital una estatua en honor al caudillo¹¹.

Los procesos ocurridos entre las décadas de 1930 y 1970 muestran que el Estado se preocupó por hacer de Cáceres una gran figura. Sin embargo, ésta no llegó a ser central en el panteón de héroes oficiales-militares. En efecto, las fuerzas armadas, preocupadas por legitimarse en el poder, mal hubieran hecho en tener como símbolo a alguien con tan cuestionado gobierno (Contrato Grace y sangrienta salida del poder de por medio). Su imagen no era precisamente útil para demostrar que un gran militar podía ser un buen gobernante. Más bien hasta servía como ejemplo de lo contrario. Por eso, quienes detentaron el poder en esos años tuvieron una mayor predilección por otro héroe: el Mariscal Ramón Castilla (1797-1867), presidente de la República en dos oportunidades (1845-51, 1855-62), y bajo cuyas órdenes había combatido el héroe de la Breña en su juventud. Castilla contribuyó a consolidar el Estado; gracias a la bonanza por la exportación del guano, abolió la esclavitud negra y el tributo indígena. Sin considerar el contexto

en que las dos últimas medidas fueron dadas, ni el papel de los propios indios y negros en el proceso, los regímenes de mediados del siglo XX, como el del general Odría, consagraron a Castilla como héroe nacional (Millones 2002: 33). La figura de Cáceres quedó entonces relegada a un segundo plano. Su controvertida carrera contribuye a explicar, igualmente, por qué uno de los últimos gobiernos militares del Perú, el del General Juan Velasco (1968-1975), caracterizado por su vocación nacionalista, “anti-imperialista” y anti-oligárquica, elevó al rebelde Túpac Amaru II, y no al mariscal, a la condición de omnipresente héroe oficial.

Los 150 años de Cáceres

Un resurgimiento del caudillo de la Breña ocurrió en torno a otro aniversario, el sesquicentenario de su nacimiento, el 10 de noviembre de 1986 (en realidad, prolongación del centenario de la Guerra del Pacífico, 1979-1983, y de la Campaña de la Breña), esta vez en un contexto de violencia subversiva. Los sucesos de esos años muestran cómo la figura de un héroe puede ser empleada de diversos modos. Veamos algunos ejemplos. El presidente de la República, Alan García (1985-1990), que implementó políticas económicas y culturales de corte nacionalista y combatió a los grupos subversivos Sendero Luminoso (SL) y Movimiento Revolucionario Túpac Amaru (MRTA), de “ideologías de inspiración foránea” según la retórica oficial de entonces, se autoproclamó “cacerista”. Para García, el mariscal debía servir “de reflexión para luchar contra los enemigos externos e internos que pretenden someternos a sus dictados culturales, políticos y económicos”¹².

11 Sobre su inauguración, cf. *El Comercio*, 31 de julio de 1951, edición de la mañana, p. 3.

12 Discurso con motivo del sesquicentenario del nacimiento de Cáceres; *El Comercio*, 11 de noviembre de 1986, p. A-3.

Igualmente, tiempo después, en diciembre de 1989, al inaugurarse una estatua del mariscal en el Palacio de Gobierno, el presidente volvió a referirse al personaje, símbolo, según él, del “que no se rinde ante la adversidad”.¹³ La frase no podía ser más apropiada para la ocasión: la daba un gobernante que culminaba su mandato en medio de grave crisis nacional y fuerte crítica a su gestión.

Asimismo, en esos años, mientras una historiografía de izquierda resaltaba el carácter popular e incluso “anti-oligárquico” del héroe (Vega 1986, Vilcapoma y Guzmán 1986), y una institución como la Orden de la Legión Mariscal Cáceres, ligada al ejército, se dedicaba a exaltar al héroe, hubo vinculaciones entre éste y los grupos alzados en armas. Por ejemplo, el MRTA destacó que Cáceres, “el más grande genio militar de la lucha guerrillera”, durante la Guerra del Pacífico “construyó un ejército popular” (Movimiento Revolucionario Túpac Amaru s/f: 40). Igualmente, al comenzar la década de 1990, exploraciones en el imaginario popular de Ayacucho, lugar donde se originó Sendero Luminoso, muestran que algunas personas hacían peculiares conexiones entre las acciones de ese grupo y las hazañas del mariscal. Sin embargo, este personaje aparecía también, según otros testimonios, como líder de soldados con uniformes parecidos a los del ejército peruano. Al parecer, en el contexto de guerra interna, los subversivos igualmente podían ser mentalmente asociados a los antiguos enemigos chilenos, en tanto “extranjeros”, con bandera roja “foránea” (Cave ro 1994: 120, 121).

Fue en esos convulsionados años que nació el etnocacerismo. Surgió como un grupo clandestino dentro del ejército, los “Militares Etnocaceristas”, que retomaba ideas velasquistas y de izquierda. Ese grupo, siguiendo el ejemplo del héroe en la

Campaña de la Breña, proponía el trabajo unificado con el campesinado para derrotar la subversión (Paredes Oporto 2005:40). La reacción de sus superiores no se hizo esperar: consideraron que realizaba un análisis negativo del ejército con el empleo de la metodología marxista, por lo que debía ser castigado (Humala 2001: 377).

No sorprende, entonces, que la aparición pública del etnocacerismo, en el levantamiento anti-fujimorista de octubre de 2000 (ocurrido en medio de acusaciones de corrupción contra el gobierno), tomara la forma, en términos de los propios protagonistas, de una “remembranza entocacerista”. Con esa expresión, sus líderes, los hermanos Ollanta y Antauro Humala, manifestaban estar inspirados en el mariscal y en sus “ejércitos campesinos y andinos” que “rescataron la dignidad nacional cuando la traición de la clase política hacia el pueblo había postrado al país ante una fuerza armada extranjera” (Humala 2001: 349). Era un intento de reestructurar una alianza del ejército con sectores populares y provincianos en momentos de crisis, y bajo “la imagen sagrada” de Cáceres.

Reflexiones finales

Los héroes patrios no son sólo figuras a las cuales se rinde rutinariamente tributo en sus respectivos aniversarios. Ellos reflejan sentimientos de una sociedad, y detrás de su culto parecen destacarse, en especial, dos fuerzas: el sentir popular y los intentos del Estado y las elites políticas de canalizar esas simpatías para legitimarse en el poder o ganar respaldo en sus proyectos. Este ensayo ha intentado mostrar cómo el culto heroico oficial (que dada la historia del Perú en el siglo XX es también un culto militar) y el popular tienen recorridos que pueden coincidir como también separarse. En ese sentido, resulta erróneo pretender que no hay figuras capaces de despertar pasio-

13 Cf. *El Comercio*, 15 de diciembre de 1989, p. A-4.

nes entre los héroes patrios peruanos. Cáceres ha sido una fuerza movilizadora, si bien controvertida y limitada a determinados momentos, regiones y grupos sociales.

Ese carácter movilizador nos permite retomar nuestra discusión inicial: ¿de dónde viene el interés etnocacerista en el héroe de la Breña? Sugiero que la atracción del etnocacerismo por este personaje procede de que confluyen en él el oficial de carrera, hábil guerrero y estratega, y el líder de guerrillas campesinas. Esta última faceta (que ha hecho de Cáceres un personaje ligado a sectores populares, y apropiado por grupos políticos de izquierda) parece relacionarse con la exaltación del héroe provinciano, mestizo o indígena, que ha venido elaborándose en regiones andinas desde terminada la Guerra de 1879 hasta el presente. Por ello, no debe sorprender que los levantamientos etnocaceristas ocurrieran en la sierra: el último de ellos, en Andahuaylas, región clave en las luchas protagonizadas por el mariscal y, en nuestros días, una de las más pobres del país. Tampoco debe extrañar que ese movimiento cuente en la actualidad con respaldo en zonas de la sierra central y sur en que el caudillo combatió en la década de 1880 y donde su figura ha permanecido vigente en el imaginario popular.

Precisamente el etnocacerismo emplea dos facetas de su héroe: el gran militar y el líder del campesinado, retomando así la ya existente imagen de Cáceres como modelo de las relaciones militares-indígenas. Pero la figura del mariscal es controvertida y, al parecer, no puede apropiarse sin olvidos selectivos: uno de los más evidentes que el nacionalismo económico de los etnocaceristas ha pasado por alto son las políticas económicas poco nacionalistas implementadas durante el gobierno del mariscal.

Sin embargo, lo más peculiar de la relación entre ese grupo y su símbolo es la existencia de varios paralelos. Por ejemplo, el liderazgo del movimiento descansa, en parte,

en miembros de una familia, los Humala, de orígenes ayacuchanos, y no precisamente humildes, como los del propio mariscal. Igualmente, Cáceres y el etnocacerismo han tenido un discurso popular y autoritario, ligado al campesinado y al mundo provinciano; los dos formaron partidos políticos luego de su acto fundacional militar: la Campaña de la Breña, el primero; el levantamiento anti-fujimorista de 2000, los segundos. Este aspecto nos remite a un último (e hipotético) paralelo entre el etnocacerismo y su símbolo: así como el mariscal dejó de lado la alianza con el campesinado para poder gobernar, quizás sus herederos habrían tenido también que olvidar, al menos en parte, su inicial discurso populista y radical, de haber llegado al poder en el 2006.

Bibliografía

- Anónimo, 1980 [1886], "Cáceres" en Andrés A. Cáceres, *Memorias de la Guerra con Chile con Diarios y Documentos Inéditos de la Campaña de la Breña*, Lima, Milla Batres, tomo 2, p. 63- 122.
- Basadre, Jorge, 1983 [1939], *Historia de la República del Perú*, Lima, Universitaria, 7ª edición, volúmenes 6, 7, 9 y 10.
- Bonilla, Heraclio, 1979, "El problema nacional y colonial en el contexto de la Guerra del Pacífico", en *Histórica*, No. 3/2, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, p. 1-34.
- Cáceres, Andrés A., 1980, *Memorias de la Guerra con Chile. Con diarios y documentos inéditos de la Campaña de la Breña*, Lima, Milla Batres, volumen 2.
- , 1924, *La guerra entre el Perú y Chile (1879-1883): Extractos de las "Memorias de mi vida Militar" tomadas al dictado y recopiladas por Julio C. Guerrero*, Madrid, Internacional.
- Cáceres, Zoila Aurora, 1921, *La Campaña de la Breña; memorias del mariscal del Perú; narración histórica*, Lima, Imprenta Americana.
- Cámara de Senadores, *Diario de Debates -Congreso Ordinario de 1917*, Lima.
- Cavero Carrasco, Ranulfo, 1994, *Imaginario e iden -*

- idad en los Andes (A propósito de "Tayta Cáceres": un héroe cultural)*, Ayacucho, Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga.
- Contreras, Carlos y Marcos Cueto, 1999, *Historia del Perú contemporáneo*, Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales en el Perú, Lima.
- Hobsbawn, Eric y Terence Ranger, editores, 2002 [1983], *La invención de la tradición*, Crítica, Barcelona.
- Humala, Antauro, 2005, "El etnonacionalismo converge con el bolivarianismo: El "outsider" es el pueblo peruano", en *Ollanta*, n. 56, Lima, p. 3.
- , 2001, *Ejército Peruano: Milenarismo, Nacionalismo y Etnocacerismo*, Lima, Instituto de Estudios Etnogeopolíticos.
- Klaren, Peter, 2004, *Nación y sociedad en la historia del Perú*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos.
- Leguía, Jorge Guillermo, 1989 [1923], "Cáceres", en Jorge Guillermo Leguía, *Hombres e ideas en el Perú*, Lima, Asociación Cultural Integración.
- López Martínez, Héctor, 2005, "Cáceres y el etnocacerismo: En trela historia y el uso falaz del pasado", *El Dominical-Suplemento de Actualidad Cultural, El Comercio* (20 de febrero), Lima, p. 8-9.
- Macera, Pablo, 1981, "La Guerra popular y la guerra con Chile. Anexo 6", en Nelson Manrique, *Las guerrillas indígenas en la guerra con Chile*, Lima, Centro de Investigaciones y Capacitación, p. 405-412.
- Mallon, Florencia, 1981 "Problema nacional y lucha de clases en la Guerra del Pacífico: la resistencia de la Breña en la Sierra Central, 1881" en *Allpanchis*, No. 17/18, Cusco, p. 203-231.
- Manrique, Nelson, 2005, "La revuelta fallida", en *Perú 21* (3 de enero), Lima, p. 6.
- , 1995, *Historia de la República*, Lima, COFIDE.
- , 1981, *Las guerrillas indígenas en la guerra con Chile*, Lima, Centro de Investigaciones y Capacitación.
- Marín, José del Carmen, 1984 [1979], "Cáceres: La razón de ser del Perú", en Comisión permanente de Historia del Ejército del Perú, *Cáceres: Conductor Nacional*, Lima, Ministerio de Guerra, p. 26-30.
- Masterson, Daniel, 2001, *Fuerza Armada y Sociedad en el Perú Moderno: Un estudio sobre las relaciones civiles militares, 1930-2000*, Lima, Instituto de Estudios Geopolíticos.
- Mendoza, Zoila, 1989, 'La "Danza de los Avelinos", sus orígenes y sus múltiples significados', en *Revista Andina*, 7/2, Centro de Estudios Regionales Andinos Bartolomé de las Casas, Cusco, p. 501-521.
- Millones, Iván, 2005, "Inicios del culto oficial a un héroe patrio peruano: El mariscal Cáceres, héroe de la Guerra del Pacífico", en *Revista de Historia de América*, No. 132, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, México, p. 173-190.
- , 2002, *De caudillo militar a héroe nacional: La creación de la figura heroica del mariscal Andrés A. Cáceres, entre la República Aristocrática y el Tercer Militarismo (1895-1939)*, Tesis de maestría en Historia con mención en Historia Política, Lima, Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- Monsiváis, Carlos, 2000, *Aires de familia: Cultura y sociedad en América Latina*, Anagrama, Barcelona.
- Movimiento Revolucionario Túpac Amaru, s/f, *500 años de resistencia. La lucha continua. I Congreso (Documento de Discusión)*, s. p. d. i.
- Odría, Manuel A., 1930-1931, "Campaña de la Breña", en *Revista Militar del Perú*, No. 9, 10, 11, Lima.
- Paredes, Manuel, 2005, "Tengo un cohete en el pantalón", en *Quehacer*, Lima, n. 9, p. 38-45.
- Pérez Godoy, Ricardo, 1936, "Andrés Avelino Cáceres, Mariscal del Perú", en *Revista Militar*, No. 11, p. 2145-2167.
- Pisconte Quispe, Alan Martín, 2005, "Sobre héroes y tumbas en el Perú", en Tamia Portugal Teillier, compiladora, *¿Dónde están nuestros héroes y heroínas? El sentido de la vida heroica en el Perú hoy*, Lima, SUR Casa de Estudios del Socialismo.
- Vega, Juan José, 1986, "Prólogo", en José Carlos Vilcapoma y Luis Guzmán Palomino, *Cáceres invencible*, Nuevo Mundo, Huancayo.
- Vilcapoma, José Carlos y Luis Guzmán Palomino, 1986, *Cáceres invencible*, Nuevo Mundo, Huancayo.

Periódicos

El Comercio (Lima), 1951, 1986, 1989.

El País (Lima), 1897.

La Crónica (Lima), 1936.

La Prensa (Lima), 1905.